

raro del caso, que el proyecto relativo al despojo, con ser tan descabellado, halló eco en San Petersburgo, donde la noticia de la paz de Basilea había producido al pronto indignación no menor que en Viena. La zarina, sobre todo, sintióse profundamente contrariada, porque la paz le echaba á rodar el sistema de ataque simultáneo contra Babiera, Italia y Oriente. Ganosos de amarrar de pies y manos á Prusia para siempre, los ministros rusos, ampliando el plan de Thugut, maquinaron reunir Polonia, Prusia oriental y occidental, Silesia y Neumarca en una vasta monarquía constitucional, al tiempo que darian Baviera al Austria. Pero, calmados los efectos de la primera impresión, reflexionó Catalina que si mucho le convenía la guerra contra Francia no le convenía menos la paz con Prusia, para llevar adelante su proyecto favorito de apoderarse de Turquía y al punto se desvaneció la tempestad, limitándose los ministros rusos á prometer á Cobenzel que matendrían enérgicamente el reparto del tres de Enero, pero sin ir un paso más allá. Por esta parte, se quedó Thugut colgado. Para la paz con Francia se valió el vengativo ministro del caballero Carletti, el cual, después de haber concluido en Febrero un tratado entre la República y Toscana, siguió en París brillando en los salones de la alta sociedad, dando espléndidas fiestas á los individuos más influyentes de los comités y manteniendo relaciones con todos los jefes de partido. Cuando se firmó el tratado de Basilea, Carletti declaró que Austria estaba dispuesta á concluir inmediatamente la paz con la Convención, cedlendo á ésta Bélgica y la margen izquierda del Rhin, con tal que Francia le ayudase á apoderarse de Baviera. No dijo Carletti que hablase en nombre del gobierno austriaco: pero aseguró que estaba perfectamente enterado de las resoluciones del gabinete de Viena. Hubo más. Merlin de Thionville aconsejó, en Basilea, al embajador prusiano Hardenberg marchar inmediatamente á París, porque Carletti no dejaba piedra por mover para concertar la paz entre Francia y Austria, y añadió que las negociaciones debían hallarse bastante adelantadas, puesto que Pichegru, en el instante de pasar el Rhin, había recibido orden de suspender las hostilidades con Austria. Todo esto era exacto; habianse entablado negociaciones para la paz entre el Comité y el emperador Hardenberg envió á París á Gervinus, que comprobó la exactitud de lo manifestado por Merlin, y él regresó á escape á Berlín, á informar á su soberano de lo que pasaba. Faltó, por tanto, á la verdad Thugut, en la circular que dirigió á las Cortes alemanas cuando vió que se habían descubierto las negociaciones, calificando el rumor de fábula absurda y asegurando que nunca había pensado Austria en tratar con Francia, y mucho menos por mediación del que se titulaba conde Carletti. ¿Qué significaba este embrollo? Muy sencillo: que Thugut, político impresionable y algún tanto ligero, deseaba, para perjudicar á Prusia, concertar la paz con Francia; pero que, no disponiendo en este particular de su voluntad por haberse uncido al carro de Rusia, la cual quería á todo trance que continuase la guerra de Francia, por crearla necesaria para sus viejos proyectos contra Turquía, retrocedió no bien vió roto el

secreto de las negociaciones, temiendo que se ofendiese su aliada la zarina. Un factor había que hubiese debido inclinar el ánimo de Thugut hacia la paz: el voto casi unánime de los Estados del imperio; pero este factor tenía muy escasa importancia para Thugut, que miraba al imperio con desdén. «La Constitución del imperio, dice, era de tiempo atrás impotente; no encerraba el imperio un solo hombre que estuviese dispuesto á hacer cosa alguna por el emperador ó por el Austria; urgía que el gabinete de Viena comprendiese esta situación; que adoptase una política puramente austriaca, y que tomase la actitud independiente que convenía á una gran potencia europea. No se perdería, obrando así, sino la carga de tener que defender á los Estados del imperio, tan ingratos y tan inútiles para Austria». Thugut se decidió, pues, por la guerra, mas no con franqueza, sino arteramente, manifestándose con los Estados alemanes partidario de la paz y discutiendo, al mismo tiempo, con Inglaterra las condiciones para una nueva coalición contra Francia.

Inglaterra ¡qué horror! La nación por excelencia libre, la más obligada por su constitución y por su historia, ya que no á secundar á Francia, por lo menos á no hostilizarla, verla encenagarse en la guerra con tanto mayor furor cuanto más adversa le era la fortuna. ¿Qué le iba ni venía á ella en las reformas que Francia decidiera introducir en su Constitución? ¿Habíase metido acaso con ella ninguna nación del continente, cuando en mil seiscientos cuarenta y nueve derribara y ejecutara á su rey Carlos I, ni cuando en mil seiscientos ochenta y nueve depusiera á Jacobo II y entronizara á Guillermo y María mediante la promesa de guardar y hacer guardar la Declaración de Derechos, ni cuando por una serie de reformas implantó, á partir de esta segunda revolución, el régimen representativo? Púese si todas la habían respetado ¿por qué no había de respetar ella á las demás? ¿Como la nación organizada constitucional y representativamente combatía á la nación que trabajaba por constituirse de la misma manera con más encono que los soberanos absolutos? Por otra parte, no era Inglaterra la causante, el padre, pudiéramos decir, de la revolución francesa? ¿No era ella, la que con su revolución había despertado en Francia el odio al despotismo y el amor á la libertad, la que con sus filósofos deistas había provocado todo el movimiento de la filosofía francesa, desde Montesquieu y Voltaire hasta los ultra-enciclopedistas? Entonces ¿por qué la combatía? ¿Es que quería ser la única libre entre todas las naciones? No. Es que Inglaterra, en las relaciones internacionales, ha inspirado siempre su conducta en un egoísmo insaciable, bárbaro, brutal. Por muchos ejemplos de crueldad que hayan dado las demás naciones, ninguna ha pisoteado los derechos de los pueblos, menospreciado los intereses de la civilización y sofocado todo sentimiento humano con la dureza y terquedad que Inglaterra, cuando ha convenido á su medro y engrandecimiento. Con este sólo fin, se hizo ahora corifea de la guerra contra Francia. No le arredaban los gastos, porque se los cobraba centuplicados apoderándose de las colonias francesas y holandesas. Verdad es que no todos los ingleses pensaban de la misma

manera. La causa del progreso y de la justicia contaba entre ellos bastantes partidarios, que no perdonaron esfuerzo para apartar á su país del mal camino. Pero todo fué en vano. Stanhope presentó, el seis de Enero del noventa y cinco, una proposición á la cámara de los Lores, condenando la intervenció en los asuntos interiores de Francia. Ni una sola voz le apoyó; por unanimidad se mandó la proposición al panteón del olvido. Cumplió el generoso lord con su conciencia protestando contra la inicua pretensión de restablecer en Francia la antigua monarquía, quisieranla ó no los franceses, y contra las tentativas que practicaba el gobierno inglés para renovar la insurrección de la Vendée. Menos aislado que Stanhope en la cámara de los Lores, se halló Fox en la de los Comunes, donde luchó, un mes más tarde, para impedir que se votasen los nuevos é inmensos subsidios que reclamaba Pitt, el cual quería tener, para este año, cien mil marineros, ciento veinte mil hombres de tropas de línea y sesenta y cinco mil milicianos, sin contar los cuarenta mil soldados empleados en el servicio de Irlanda y de las colonias americanas, los auxiliares alemanes y los emigrados á sueldo, y para costear estas masas de hombres, necesitaba cerca de setecientos millones de francos, que representarían hoy más del doble. Después de haber pagado á Prusia una subvención que ésta no había ganado, trató Pitt ahora, después de la paz de Basilea, de subvencionar al Austria, para reanudar la guerra contra Francia. El Austria, que no pensaba meterse en ninguna aventura mientras no se arreglase la cuestión de Polonia se dejó cortejar. Maravilla la maestría con que Thugut manejó los resortes de la diplomacia, tal como entonces se entendía y, por desgracia, sigue entendiéndose hoy, esto es, el arte de engañar por la astucia y el dolo. A todos hacía cara: regateaba con Inglaterra el importe de la subvención, y ofrecía á los Estados alemanes el ramo de oliva. El cuatro de Mayo, declaraba en la Dieta que estaba dispuesto á entrar en negociaciones con la República francesa, y al mismo tiempo, firmaba con Inglaterra el compromiso de tener en pie de guerra doscientos mil soldados, cuando menos, mediante un préstamo de cuatro millones seiscientos mil libras esterlinas, «á fin de obrar con vigor contra el común enemigo.» El veintinueve de Mayo, el emperador Francisco II firmaba un tratado de alianza ofensiva y defensiva con Inglaterra, y simultáneamente, invitaba en la Dieta á los Estados alemanes á unirse á él para obtener la paz, que aparentaba querer con fervor. De nuevo resonó ahora en el Parlamento inglés la voz de la paz, por boca de Wilberforce, aquel varón eminentemente bueno, que había consagrado su vida á la abolición de la esclavitud de los negros, antiguo é íntimo amigo de Pitt, pero á quien su conciencia no le permitió sostener por más tiempo. Contra Wilberforce, Pitt y sus colegas trajeron á cuento los recientes disturbios de París; presentaron á Francia en el comienzo de la decadencia, debiéndose los recientes triunfos de sus armas á un impulso anterior, que había cesado; ponderaron lo débil é inestable del gobierno que había sucedido al terrible poder de Robespierre; y la proposición de paz fué rechazada por una fuerte mayoría. Los ministros ingleses se equi-

vocaban. La fuerza militar organizada por la Convención había de seguir siendo invencible durante mucho tiempo.

Después de haber engañado á los Estados alemanes, Thugut engañó á la misma Inglaterra. Firmado el tratado de alianza, quedaba por resolver si se llevaría el grueso de las fuerzas austriacas al alto Rhin, para atacar el Franco Condado, ó el bajo Rhin, para libertar á Luxemburgo, sitiado por los franceses. Sobre este particular, Thugut se estuvo divirtiendo de lo lindo con el embajador inglés, Grenville. A cada cosa que éste proponía, Thugut contestaba que solamente la contraria era posible; y así transcurrieron días y más días. Aburrido al cabo, sin embargo de ser inglés, manifestó Grenville que, dejando á un lado la discusión de lo que fuese preferible, se daría por satisfecho con que se atacase por cualquier punto; á lo que Thugut contestó, no sin aparentar honda pena, que á pesar de las apremiantes órdenes del emperador, Clairfait se negaba en absoluto á tomar la ofensiva en estos instantes, fundándose en motivos puramente militares. En estas preguntas y respuestas, Luxemburgo capituló, desvaneciéndose con esto la esperanza de una sublevación realista en el Franco-Condado. Lo gracioso del caso fué que, á fines de Julio, llegaron al cuartel general de Clairfait unos comisarios ingleses, y como, al ver el ejército en estado excelente, descansado, bien nutrido, reforzado é impaciente por batirse, expresasen á Clairfait la admiración que les causaba la resistencia que había opuesto á las órdenes de atacar que había recibido de Viena, el general austriaco les contestó enfurecido que habría tenido á dicha el batirse, pero que no había podido conseguir autorización para tomar la ofensiva. El secreto era que los austriacos no querían emprender ninguna operación mientras estuviese pendiente la cuestión polaca.

El resultado de esto fué, que los franceses permanecieron durante todo el verano en tranquila posesión de la margen izquierda del Rhin, sin que nadie les molestase. Y bien pudieron dar gracias á Dios por ello. El relajamiento de la disciplina, la disminución del efectivo de las tropas, el desamparo del soldado habían llegado á términos de no atreverse ningún general á tomar la ofensiva, no obstante las órdenes del Comité de Salvación pública. Un reaccionario vulgar, Aubri, había reemplazado á Carnot en la dirección del personal de la guerra, y favorecía á los intrigantes y contrarrevolucionarios en perjuicio de los generales patriotas. Compuesto escasamente de noventa mil hombres, el ejército del Rhin y Mosela, mandado por Pichegru, acampaba en el alto Rhin; en el medio y bajo, el ejército del Sambre, y Mosa, de fuerza casi igual, á las órdenes de Jourdan. Todavía después de la toma de Luxemburgo, Pichegru y Jourdan dejaron pasar semanas y más semanas sin salir de su quietud. No se observaba mayor actividad en las huestes enemigas, austriacos, imperiales y emigrados, acampadas frente á los franceses. No parecía sino que las dos naciones habían reunido sus fuerzas en ambas márgenes del Rhin para una simple parada. Lo contrario acontecía en el Norte de Italia, donde los republicanos ardían

CAPILLA ALFONSO X
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

en deseos de medir sus fuerzas con las del Austria, coincidiendo en este campo los dos partidos de la Convención, independientes y moderados, en una misma aspiración, á saber: conservar la Saboya y despojar á los austriacos de Milán, cuya conquista proporcionaría á la República un tratado de paz glorioso y conveniente. De aquí el exigirse con insistencia de los ejércitos de los Alpes y de Italia un golpe decisivo. Pero la relajación de la disciplina no era menor en estas tropas que en las del Rhin, y aunque discordias intestinas paralizaban también las operaciones por parte de los austro-sardos, no era menor ser un lince para ver que nada podrían intentar los generales republicanos mientras no se les enviase refuerzos considerables, los cuales, no pudiendo pensarse en una nueva leva, solamente podían sacarse de los destacamentos empleados en los Pirineos contra España, por donde nació en el Comité de Salvación pública el deseo de concluir la paz con el gabinete de Madrid.

El principal mantenedor de la guerra en España era el ministro Godoy, duque de Alouña, que la había promovido, no por creerla conveniente á los intereses de la nación, sino como medio de derribar al conde de Aranda, partidario de la paz. Pero, desde el verano del noventa y cuatro, la fortuna le volvió las espaldas con tenacidad desesperante; nuestras tropas tuvieron que evacuar el territorio francés en ambas extremidades de los Pirineos, y tras ellas, pasó la frontera por la parte oriental el general Dugommier, invadiendo los valles de Cerdeña, con su ala derecha y apoderándose, con la izquierda, de los fuertes que defendían las costas de Cataluña. Estos desastres causaron en la desdichada corte de Madrid profundo desaliento. La reina veía desvanecidas todas sus ilusiones, y su favorito Godoy flotaba indeciso entre un insensato orgullo y un temor pusilánime, inclinándose á la paz ó á la guerra según que predominaban en su ánimo el uno ó el otro de estos opuestos sentimientos. En el mes de Septiembre, se decidió á dar el primer paso para entrar en negociaciones, haciendo comunicar su deseo en carta á un pagador llamado Simonin, que había sido enviado á Barcelona para suavizar la suerte de los prisioneros; mas en seguida, no bien hubo dado este paso, como se enterase de que los realistas preparaban una leva de escudos en París y en el Mediodía de Francia, retrocede á los arrullos de su orgullo triunfante, entregándose de nuevo á la vana esperanza de aplastar á la revolución. El Comité de Salvación pública respondióle con la arrogancia que infunde la certeza del éxito, y en Octubre, el ejército republicano del Oeste rechazó nuestras tropas hasta Pamplona. Dominado otra vez por la pusilanimidad, Godoy anuncia al Consejo de Estado, con frases de desesperación, que no había fuerza humana capaz de detener á los franceses; luego, propone de nuevo á Inglaterra reconocer al conde de Provenza como soberano de Francia; en fin, á mediados de Noviembre, envía á Simonin un *ultimatum*, manifestándose pronto á tratar con la República sobre las bases de: comprometerse España á reconocer la forma de gobierno que Francia adopte; poner la convención á disposición de Es-

paña los dos hijos de Luis XVI, y constituir la República para Luis XVII un reino con las provincias francesas limítrofes de España. No se comprende que proposición tan descabellada se le hubiese ocurrido á Godoy, que, si depravado é inmoral, no carecía de tino y perspicacia, á no haber sabido por conductos seguros que revolucionarios muy poderosos, entre ellos Tallien, maquinaban poner en el trono á Luis XVII, para asegurarse la impunidad de sus crímenes. «La indignación se ha colmado al leer el infame escrito que se nos ha transmitido», escribió el Comité á Delbrel el veintiséis de Noviembre, é inmediatamente hizo llamar á Simonin, y ordenó á los generales responder con el cañón á la ofensiva pretensión de la corte de España. No había esperado esta orden Dugommier para atacar. El general de nuestras tropas, conde de la Unión, se había retirado cerca de Figueras, detrás de unos fuertes levantados á toda prisa y sin plan, y cuando, el diez y siete de Noviembre, el general Augereau había cercado ya el ala izquierda de los españoles que protegía el cuerpo principal, murió herido por una granada Dugommier, parándose el movimiento de ataque. Tan lerdo era el conde de la Unión que no supo aprovechar este tiempo precioso que la casualidad le regalaba, y así fué que, el veinte, cuando el sucesor de Dugommier, Perignon, continuó el ataque interrumpido, la derrota de los españoles fué horrorosa. El mismo la Unión murió en la pelea; nueve mil, entre oficiales y soldados, quedaron tendidos en el campo, y fueron tomados ochenta reductos, con doscientos cañones. El espanto del ejército vencido y la consternación de los españoles llegaron á extremos tales, que, sin dispararse un solo tiro, el general Torres abrió á los vencedores la plaza de Figueras, que encerraba nueve mil hombres de guarnición, ciento setenta cañones y grandes cantidades de municiones y víveres.

Esta catástrofe fué para los catalanes como chispa que encendió en sus pechos la santa llama del entusiasmo patriótico. Pero no latían á la par los corazones de todos los españoles. Mientras, en lo interior, los impuestos no se recaudaban sino con trabajo, ni se hacían los alistamientos sino con pena, y el pueblo, irritado contra el gobierno por la general miseria y por la desmoralización política, pedía á gritos la paz; los habitantes de las fronteras, excitados por la inminencia del peligro y poseído de odio feroz contra los franceses, estaban dispuestos á sacrificar vidas y haciendas para expulsar al invasor. Había contado éste con que los españoles se sublevarían contra la corte de Madrid no bien viesen la bandera tricolor: ¿cómo había de sublevarse un pueblo profundamente monárquico y católico en favor de los asesinos de Luis XVI, de los perseguidores de la Iglesia, de los profanadores del cristianismo, y mucho menos cuando, en vez de brindarles con el respeto á las personas y á los bienes, le ofendían, oprimían y vejaban los comisarios con su rudeza, los soldados con sus excesos y los generales con la devastación de los países que ocupaban? Así, en Cataluña, en Navarra y en Vizcaya, el pueblo enardecido deseaba y pedía empuñar las armas para combatir á enemigo tan horroroso y detestado. Verdad es que el